

Ayala escritor: Un proceso vital

(*Acerca de sus Obras completas*)

En décadas recientes, conforme su prolongada vida se acerca al centenario, Francisco Ayala venía repitiendo con creciente insistencia, sobre todo al comentar su propia obra de invención, que, para él, la verdadera realidad es tan sólo aquella que encuentra expresión bajo forma literaria, siendo todo lo demás mera materia inerte. Esto significa que la vida –su propia vida personal, como la de cada uno de nosotros– es, en definitiva, Literatura. De tal identidad entre la *realidad* esencial y el *verbo* procede, pues, el misterio de la creación: la que hace humana nuestra vida, cuyo transcurso temporal y espacial se encuentra expresado por Ayala en su obra mediante la metáfora del viaje, y la de su *realidad* propiamente dicha –su existencia o esencia–, la cual, en el caso de nuestro autor, se ve reflejada, íntegramente, en sus escritos. Lo dicho hasta aquí explica no sólo la fuerte presencia personal, ora objetiva y analítica, ora subjetiva e íntima, que se percibe en toda su producción, sino también la continua, y orgánica, evolución de su obra en cuanto al orden y circunstancias de su publicación se refiere: pues, con alguna que otra excepción, Ayala no modifica un texto suyo una vez aparecido en letra de molde; en cambio sí ha venido modificando, alternando, permutando y hasta transformando, con una frecuencia cada vez más vertiginosa a lo largo de los años, los contextos, asimismo más y más complejos, en que, tras una posible primera aparición en un periódico o revista, irá recogiendo y reuniendo, en combinaciones diversas, los numerosísimos artículos, ensayos, estudios y obras de invención que constituyen su *realidad* literaria.

Tal método consciente de proceder por parte del autor-recolector contrasta con el acto original de la creación, bien sea poética, bien sea intelectual, proceso este que remonta siempre –de modo directo o indirecto– a los misterios del subconscien-

te. En el conjunto de la obra literaria de Francisco Ayala aparece una tensión básica entre sus componentes originales –los antes aludidos textos– y su presentación en volumen, algo que, debido no sólo a los demás escritos ahí reunidos sino también a su colocación respectiva entre ellos, no deja de influir en su momento sobre el lector. Se trata en el fondo de una especie de tensión parecida a la que vive cada ser humano cuando, al ordenar, reordenar y exponer, para sí o para cualquier otro receptor, la materia prima de sus recuerdos (y sus olvidos más o menos voluntarios), va (re)creando una versión de ellos que resulta siempre nueva. Este proceso de asociaciones, responsable de que cada versión de algo relatado de nuevo resulte ser a su vez una novedad, crea una dinámica que, tanto en el caso de la vida de cada cual como en el de la obra de Ayala, impide cualquier estancamiento; al contrario, cada vez que se incorpora en un volumen de diversa índole y extensión un escrito particular del autor, éste adquirirá una *vida* nueva.

Veamos ahora algunos ejemplos para aclarar a los lectores de estas *Obras completas* tanto el alcance que tiene tal modo de *componer* como su significación dentro de la producción total del escritor. En el caso de su *Narrativa* (vol. I), la conocida historia «El Hechizado», publicada como «cuaderno» independiente antes de su incorporación definitiva al libro *Los usurpadores*, sería reunida luego por su autor con otras piezas en numerosas colecciones. O bien, ciertos textos que forman parte de *El jardín de las delicias* aparecidos previamente en revistas literarias, llegarían a ser incorporados luego en volúmenes como aquella personalísima recopilación *sui generis* titulada *De mis pasos en la tierra*. Constituye ésta, por su parte, un buen ejemplo de lo complejo que resulta ser para estas *Obras completas* cualquier intento de clasificación rígida, pues una vez y otra nos encontramos con títulos que bien podrían incluirse en más de un volumen. En cuanto al libro *De mis pasos en la tierra* se refiere, ha sido incorporado, junto con otras obras de tónica más bien personal, al apartado de *Autobiografía* (vol. II). Los *Estudios literarios* (vol. III), por su parte, plantean la necesidad de una definición más bien amplia del título ya que una de las cuatro recopilaciones básicas que forman el

núcleo de este apartado tiene como tema el cine. La mayor parte de los ensayos que constituyen el contenido del apartado de *Sociología y ciencia política* (vol. IV), por su parte, ha tenido un historial de publicaciones antes –y después– de ser recogidos, de modo (semi)definitivo, en libros, ya clásicos, como la *Introducción a las ciencias sociales* o el *Tratado de sociología*. Algo parecido ocurrirá en el apartado dedicado a las *Artes y artículos de prensa* (vol. V) así como en la recopilación de *Miscelánea* (vol. VI) con que se pone fin a la presente edición.

Esta condición proteica que caracteriza a la obra ayaliana, tanto a aquellos escritos particulares aparecidos, a veces, en más de una publicación periódica o volumen heterogéneo, como a los agrupados por su autor de modo más o menos *definitivo* en volumen, crea en el lector una sensación de inestabilidad: de una constante metamorfosis que difiere por mucho de la estabilidad inerte que en cambio suelen sugerir las obras de concepción tradicional. Respira y va mutándose, pues, su obra como la vida misma, fiel en el fondo a unas raíces literarias bifurcadas y complementarias: al perspectivismo cervantino, por una parte, y, por otra, a los experimentos vanguardistas de los años 1920. De Cervantes heredará Ayala la multiplicidad de puntos de vista a que se presta siempre nuestra problemática realidad; de los movimientos artísticos de la vanguardia, la experimentación y fragmentación estéticas como base de una recreación para algo totalmente nuevo (piénsese, por ejemplo, en la re-creación cinematográfica mediante el montaje de fragmentos independientes), siendo todos ellos –el gran maestro clásico de un lado, y del otro, los jóvenes maestros de la modernidad–, ejemplos también de la libertad, personal y estética, que tanto influirá en la obra ensayística, así como poética, de nuestro autor. Libertad dentro de la colaboración solicitada al lector, a cuya participación activa en la recepción del texto apelan constantemente todos estos escritores. La obra de Francisco Ayala constituye siempre un reto para el lector, quien ha de quedar, forzosamente, involucrado en aquel otro *proceso vital*, complementario, que es la lectura, y para quien cada lectura nueva, sea cual sea su contexto, resultará, siempre, algo nuevo y en un modo u otro distinto.

Gran parte de esa *novedad* radica, como se ha señalado ya, en la importancia que tiene el contexto dentro del cual se encuentra reproducido cualquier texto ayaliano, sea éste de extensión breve, mediana o larga.

En el caso de la obra de Francisco Ayala, autor de estirpe clásica a la vez que vanguardista, la *circunstancia* de un determinado escrito desempeña siempre un papel significativo para su comprensión última, algo que deja claro ya en su apócrifo prólogo a la primera edición (1949) de *Los usurpadores*, serie cuyas novelas «se intercomunican de diversas maneras, enlazando y modulando sus temas respectivos; [y] consienten ser barajadas, ordenadas y reagrupadas, como una mano de naipes, en conexiones varias». Unos veinte años más tarde, en el epílogo a la primera edición de *El jardín de las delicias* (1971), dicho *juego* literario alcanzaría ya un grado de profundidad muchísimo mayor:

Ya el libro está compuesto –empieza–. He reunido piezas diversas, de ayer mismo y de hace quién sabe cuántos años; las he combinado como los trozos de un espejo roto, y ahora debo contemplarlas en conjunto.

Sí –añade en seguida, prosiguiendo el diálogo consigo mismo–; cuando me asomo a ellas, pese a su diversidad me echan en cara una imagen única, donde no puedo dejar de reconocerme: es la mía.

Estamos frente a un *ars poetica* de la madurez, texto que se ocupa, a continuación, de cuestiones tan básicas, y eternas, como la de los posibles motivos que mueve a alguien a escribir, la de la relación entre el tiempo y el arte, y la del papel, fundamental, desempeñado en la literatura por su receptor –cuestiones estas que deberá tener en cuenta, por su parte, el de cada uno de los volúmenes así como del conjunto de estas extensas, y no menos problemáticas, *Obras completas*.

Tanto en dicho conjunto como en las partes, de diversa extensión, que, cual piezas de un extenso puzzle literario, lo llegan a integrar, nos encontramos ante un intenso juego de reflejos interrelacionados que remontan, todos, finalmente, a la personalidad de su autor, para quien, según queda recalcado,

la escritura misma ha sido, siempre, un proceso hondamente vital. Lo ilustra magníficamente el propio *Jardín de las delicias*, especie de microcosmos literario suyo cuya estructura, combinación de tonalidades y complejidad de perspectivas reflejan de modo cabal al Ayala escritor. Ahí se ven unas *constantes* que caracterizan, también, al resto de su obra: la combinación de lo clásico con lo moderno, por ejemplo, o de lo intelectual con lo puramente estético; un interés por lo perenne y eterno junto con aspectos de la más reciente actualidad; un punto de vista, sea filosófico, sea emotivo, sumamente personal... En todo ello se juntan y se mezclan, combinándose «como los trozos de un espejo roto», textos cuya unidad última remonta, siempre, a esa «imagen única» que es la de su autor, idea que nos lleva, de vuelta, al ilusorio a la vez que pretendidamente testimonial arte cinematográfico cuyo fruto estético —la película— se crea mediante el montaje final por su *autor* de una cantidad de segmentos anteriormente filmados.

En el caso de la obra ayaliana, que, tal como se ha visto, se resiste desde el principio a cualquier intento de clasificación tradicional, lo anómalo resulta ser, precisamente, un aspecto importante de su originalidad: esa misma originalidad que para nuestro autor, según se expuso al comienzo, hace equivalentes la literatura y la vida, siendo su creación —su escritura misma, o bien su recopilación en volumen— un proceso igualmente vital. El contenido de las presentes *Obras completas* se ha distribuido, de forma más bien natural, en los ya citados seis principales apartados, muchos de los cuales tienen como núcleo ciertas recopilaciones en volumen preparadas por el autor mismo, lo cual no impide sin embargo que ocurra, tanto dentro de un apartado como entre más de uno de ellos, cierto elemento de repetición, algo que señala siempre la editora en su nota preliminar al volumen en cuestión. La disposición de los textos en cada apartado se basará siempre, cuando sea posible, en un contexto, ostensiblemente definitivo, dispuesto por el autor mismo. Este contenido irá complementado por otros escritos que, por su índole, se reproducirán en el mismo apartado, introducidos todos por un extenso *Prólogo*, debido a un reputado especialista, seguido de la *Nota de la*

editora acerca del volumen en cuestión. Pese a no ser esta una edición crítica de la obra ayaliana, el lector interesado encontrará en un apéndice final una sucinta recensión bibliográfica para cada uno de los escritos, algo que pudiera ayudarle a recrear para sí esa trayectoria textual hasta que llegara a figurar, por fin, en las presentes *Obras completas*.

CAROLYN RICHMOND